

Alter

Visitar a los Viejos



UOVEN escritor, óigame un consejo. Voy a darle una receta para escribir un libro, un gran libro, interesante, variado, de importancia efectiva y que le dará a Ud. gloria y dinero con un esfuerzo mínimo, apenas perceptible si tiene Ud. constancia y está dispuesto a realizar pequeños sacrificios de cuando en cuando.

Vaya a ver a los viejos.

No a cualquier viejo más o menos reblandecido o que jamás tuvo nada que contar digno de escucharse, sino a los viejos «todavía jóvenes» que han vivido y actuado, que han sido políticos, diplomáticos, autores un día célebres o simplemente hombres de mundo, de negocios, de industrias y empresas, mineros, agricultores —sí, también agricultores— o aficionados a los viajes, que vivieron en París y han recorrido medio mundo.

Vaya a verlos y hágalos hablar.

A los viejos les gusta, generalmente, hablar. Es uno de los últimos placeres que les quedan y lo saborean

con plenitud. No pretenda hablarles Ud. demasiado: por algo los viejos pierden el oído; antes que escuchar prefieren ser escuchados, hacer memorias, devanar el hilo de los días pretéritos ante una oreja complaciente. Dos o tres preguntas bastan. En seguida, se dedica Ud. al silencio y a grabar en su interior cuanto le digan, sin perder palabra, gesto ni actitud.

Desde luego, hará Ud. una obra de misericordia, cosa que nunca está de más.

En seguida ¡qué campo para ejercitar la observación! Los jóvenes carecen de relieve; son todos más o menos parecidos, según la moda; en cambio, los viejos, sus arrugas, sus pelos o su falta de pelos, esas caras huesudas donde la vida ha trabajado, las manías desarrolladas que tienen y la falta de presunciones o la presunción, más típica aún y explotable para un buen retratista, cada cual en su género ofrecen modelos impagables, y son tratados de psicología, historias vivientes, novelas concentradas, todo un mineral donde las vetas ricas se entrecruzan y sobresalen a flor de tierra.

No le costará hallar un pretexto para visitarlos. Invente cualquier cosa: obra en preparación, serie de entrevistas sobre temas antiguos para una revista nueva, de preferencia extranjera, reportajes a fin de esclarecer el punto tal o cual, más o menos relacionado con el personaje. No crea Ud. que le van a exigir muchos requisitos ni pedirle cuentas rigurosas. Sólo necesitará cierto tacto.

Dicho está que entre esas pruebas de tacto figura,

primordialmente, una proscripción total, absoluta, terminante y perentoria de la palabra viejo o anciano. Bórrelas Ud. de su léxico. Ud. va a ver a una persona que sabe mucho, a una persona con gran experiencia de la vida, a un hombre que desempeñó papeles importantísimos, que ejerció grande influencia medio siglo atrás, y tuvo en sus manos situaciones delicadas, negocios trascendentales, de ninguna manera a un viejo, por muy retirado, jubilado y enterrado que esté en el olvido. A ninguno le gusta, aunque todos digan y repitan que son viejos, que ya no sirven para nada, que sólo piensan en morirse. Eso no es cierto y no vaya a cometer la candidez de creerles. Todo hombre, en su interior, hasta los ochenta, hasta los cien años, tiene veinte de edad. A veces, dieciocho. Les sorprende verse en el espejo y hallarse feos; en su fuero íntimo se les figura un disfraz, les parece que están fingiendo, que llevan una máscara y, de un momento a otro, van a poderla tirar lejos y recobrar su verdadera fisonomía. Así, pues, joven, nada de anciano, ni venerable ni aun, siquiera, respetable. Todo aquello suena mal. Claro que no va Ud. a llamarlos muchachos ni a convidarlos a jugar fútbol; pero evite prudentemente toda alusión a la vejez. No tema, eso sí, decir que otros están viejos, incluso viejísimos, pero siempre con un tono de ligera sorpresa, como si la vejez constituyera, no una condición normal ineludible de quienes llevan ya cierto número de años, sino una especie de accidente fortuito, raro y evitable. Tampoco está prohibido imprimirle a

la observación cierto sello de reproche, dando a entender que el viejo ha envejecido así, prematuramente, por su culpa, por sus muchas culpas. Nada alivia tanto al hombre como conocer la causa de sus enfermedades. Y la vejez es una, la peor de todas, porque mata siempre. Le parece que, así, sabiendo su origen, la domina un poco y, vuelto a repetirse el caso, podría eludirla. También es gran consuelo saber el nombre de nuestra dolencia. Una enfermedad sin causa conocida y sin nombre aceptado resulta terrible, amaga todo el organismo y tiene al enfermo suspendido; cuando se averigua o cree haberse averiguado su raíz, sobreviene el descanso; si en seguida es posible aplicarle un nombre cualquiera, entonces la curación está cerca. El prestigio de los médicos procede en gran medida de su nomenclatura.

Otra cosa que debe evitar es una alusión demasiado clara al retiro de los viejos. Porque yo le aconsejaría de preferencia ir a ver a los viejos realmente viejos, es decir, ya desengañados y vencidos, que no pretenden seguir luchando e influyendo, sino que apenas salen a la calle o no salen nunca y pasan, una manta sobre las rodillas, un libro cerca, detrás de la ventana. Existe gran número de esa clase. Refiriéndose a ellos escribió Marcel Proust una de sus frases más gráficas, una frase insinuante y envolvente, admirable pintura a la sordina, especie de pastel grisáceo de tonos esfumados cuya armonía imitativa sólo puede percibirse en francés. Dice: «Il semblait qu'il y eut avant

le cimetièrre une cité classe de vieillards aux lampes toujours allumées dans la brume». Saboree la forma, que es exquisita, y medite el concepto, que es profundo. Existe, en verdad, «antes del cementerio» toda una ciudad poblada de ancianos con sus lámparas siempre encendidas en la bruma» No están dormidos. Esas lámparas encendidas en la bruma lo dicen. Están velando y esperan todavía. Esperan a alguien. Lo esperan a Ud., joven.

Vaya a verlos y todo lo que le digan, anótelo. Día a día, tarde a tarde, escúcheles recordar sus tiempos lejanos, trazar las siluetas de los hombres y las mujeres de entonces, contando anécdotas, revelando intimidades, diciendo a veces sus indiscreciones, que ya han dejado de serlo, por los años transcurridos y el gran perdón cae sobre los hombres y sus culpas. Porque el pasado tiene eso: no sólo es un grande artista que compone maravillosamente sino que, conservando la vida, es un grande apaciguador, un filósofo trascendente. Ud. no tiene que esforzarse en pensar. Los viejos se lo dan hecho todo, porque a ellos la sola acción de la memoria y los lapsos cumplidos les realizan la tarea. Lo que no servía, se hundió; lo que sobrenada, por ese solo hecho, toma relieve y prueba su interés. No hay crítico, poeta ni pintor, tampoco hay novelista igualable al pasado.

Pero no al pasado histórico, es decir, muerto, discutido, discutible, sino a ese pasado íntimo que fluye de las palabras de los viejos, el pasado de la memoria

humana sin ayuda de papeles ni precisiones numéricas, un pasado que tanto se recuerda como se añora o imagina.

Pero sí no debe pedirles apuntes, sino la música directa del recuerdo, en cambio, Ud. mismo tómelos, conviértase Ud. en una especie de taquígrafo sin taquígrafía; porque, mi amigo, nada de lápiz ni papel, nada de aparato reporteril. Eso mata. Es la letra a la vista, el provecho vil y el oficio. Déjelo para los incapaces. Ud. cultive la memoria. Es uno de los provechos, no ciertamente el menor, que obtendrá de sus visitas gerontofílicas. La memoria, como cualquier órgano, se cultiva con el ejercicio y se atrofia en el reposo. No la deje Ud. descansar demasiado, porque constituye el gran tesoro. Mucho ojo con la memoria. Y los apuntes, no inmediatamente, sino por la noche o al otro día. Si puede, al día siguiente o subsiguiente. Así ya habrán empezado a elaborarse y ordenarse para la asimilación.

Tenga Ud. un cuaderno donde vaya todo. La selección se hará más tarde. Mientras tanto, acumule. No se imagina cuán rápidamente va a disponer de un sorprendente e inapreciable repertorio y en qué cantera va a convertírsele su cuaderno.

Chile es país de gente muy original, inimaginable. Donde Ud. menos piense va a encontrar personas que presenciaron acontecimientos capitales de la época o que conocieron a los personajes más renombrados de la actualidad y hasta son o fueron parientes suyos. En

una ciudad perdida del sur hallé a un señor de bastante edad, descendiente de una familia ilustrísima, casado con una extranjera de gran fortuna, residente en una capital vecina y separado de ella por incompatibilidad de caracteres, que tenía alojado a un sobrino, un demonio, exigente, insoportable, jugador, lleno de manías, pero de un atractivo realmente extraño. Pues, en la conversación, por un detalle insignificante, vine a saber que este sobrino, bastante joven aún, estuvo casado en Estados Unidos con la hija del rey de no sé qué industria. En realidad, sé de cuál, pero no quiero decirlo para no identificarlo. Y ocurrió que a su suegro lo nombraron Embajador de Estados Unidos en un país europeo muy desolado, muy sin recursos, un país del Norte, inhospitalario, y como al yerno, que siguió a la hija del magnate, le gustaba tomar cada mañana su desayuno con pan con mantequilla y este artículo no existía en plaza, el avión particular de Su Excelencia volaba cada día hasta Alemania para complacer al señorito... ¿Calcula Ud. el efecto de oír, como quien dice nada, contar esas cosas en plena selva austral, en una casa de madera, entre bramidos de vacas y relinchos de potrancas? Esto es lo que uno encuentra al paso, sin buscarlo. Ahora si Ud. investiga un poco, se orienta y tiene buena suerte, le aseguro que descubrirá perlas. Un escritor español que estuvo aquí no se cansaba de decirme: ¡Pero si éste es un país único! La gente rara que hay entre Uds. no se ve en parte alguna! Parece que el apartamiento de Chile, su

ubicación en el último extremo ha servido de selector para no dejar que lleguen sino los que tenían algo de aventurero, de loco o de chiflado, seres con alguna ilusión o alguna desilusión muy fuerte, víctimas de extraños desequilibrios. Y esto se refleja en la raza y tiñe hasta las capas superiores de la sociedad, aunque ya largamente asentadas.

Ahí tiene Ud. una manera de viajar.

En vez de tomar el tren, que es caro, o el avión, que es peligroso, diríjase a la casa de los viejos sedentarios e interróguelos.

No desean otra cosa.

Déles Ud. en el gusto, déselo Ud. y se lo dará, posteriormente a sus lectores, entregándoles una obra vivida, un libro documental, esas memorias personales que tanto abundan en la literatura francesa y son tan deliciosas, que escasean en España y aquí apenas existen y sin las cuales casi no se concibe ni tiene vida real la Historia. Para apreciar la trascendencia de la obra, fácil, sencilla y hacedera que le propongo y que no le exigirá sino un poco de constancia, piense en el valor que tendrán hoy conversaciones con los Padres de la Patria, por ejemplo; y de qué renombre gozaría el obscuro mozo aficionado a las letras que hubiera tenido la previsión de interrogar a don Bernardo O'Higgins ya retirado de la vida pública, en su hacienda de Montalván, o que hubiera dejado notas sobre las contestaciones de don José Miguel Carrera en su destierro. Unas cuantas visiones fugaces de Pérez

Rosales relativas a próceres de la Independencia son las que principalmente valorizan sus Recuerdos inestimables. Vamos, haga Ud. una lista de ancianos ilustres y explotables y vaya a verlos. Y no demore mucho, porque Ud. es joven y puede esperar, pero ellos no siempre.